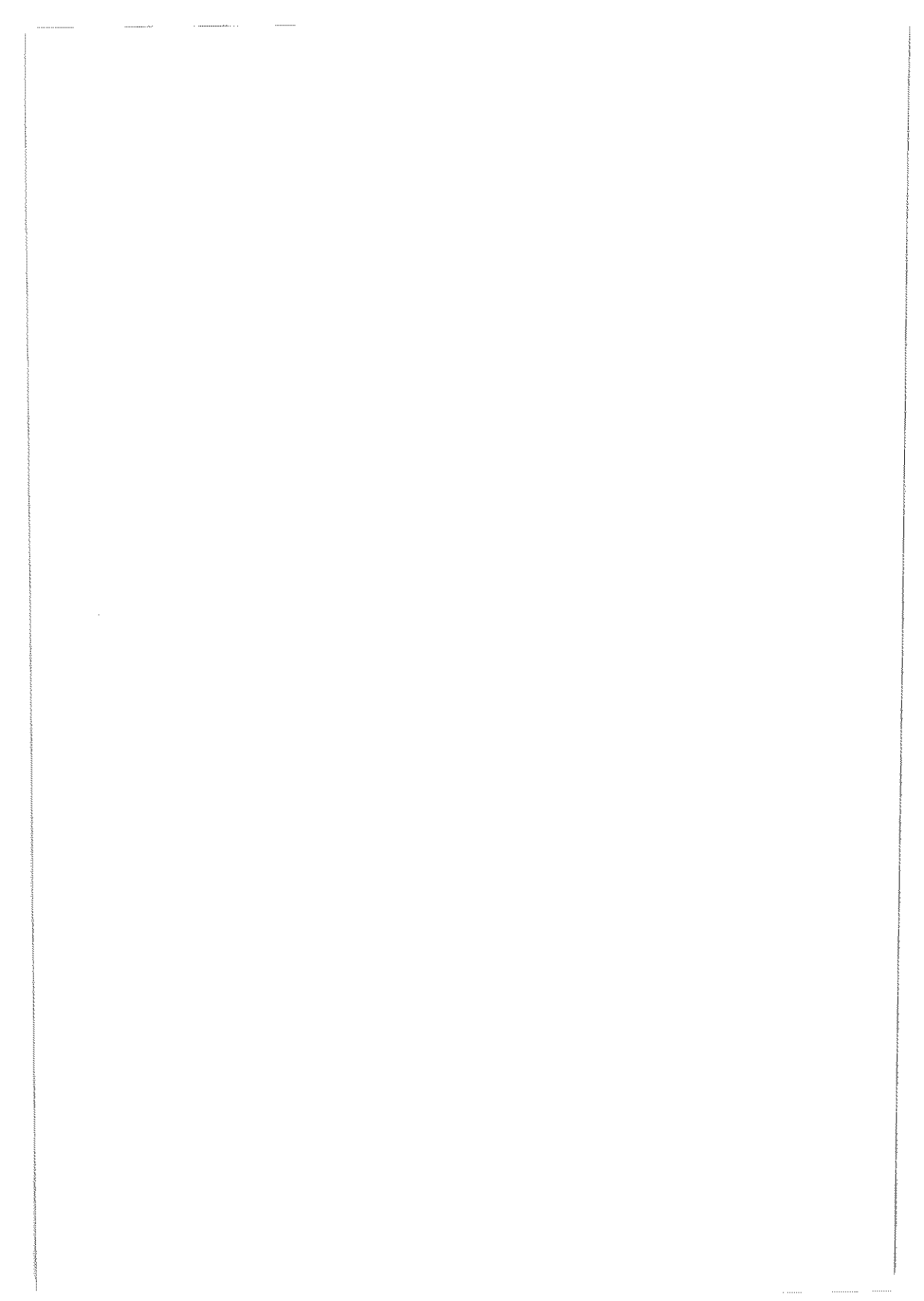


Bernd Dietz

**UN HALLAZGO TARDÍO: ROBERTSON
DAVIES EN ESPAÑA**

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA



En un país como el nuestro, donde, sobre todo cuando se trata de narrativa anglosajona, tanto -y a veces tan indiscriminadamente- se traduce, el caso de Robertson Davies resulta casi espectacularmente singular. De una parte, se trata de un escritor de primera fila, de un maestro de las letras -y no sólo de la novela- plenamente reconocido y consagrado, cuyas obras han merecido una amplia acogida y se han visto traducidas a una veintena de lenguas. De otra, y si no fuera por *Un hombre astuto*, la novela publicada en 1996 por la Editorial Destino en castellano, sería un completo desconocido entre los lectores españoles, dada la imposibilidad de acceder a traducciones de su obra anterior.

Ciertamente la recepción de Robertson Davies comienza por el final, y ello no sólo por estar aún muy reciente su fallecimiento, acaecido en 1995, y que nos invita a evocar su grandeza; sino sobre todo si consideramos que *The Cunning Man*, la versión original de esta espléndida novela de cerca de quinientas páginas, aparecida a los 81 años de su autor, es de 1994, el mismo año, por cierto, en el que Judith Skelton Grant da a la imprenta una monumental biografía titulada *Robertson Davies. Man of Myth* (Viking-Penguin Books), a su vez el producto de tres lustros de escrupuloso trabajo.

Parecerá oportuno, pues, que antes de analizar la relevancia de *Un hombre astuto* nos acerquemos al doble contexto en el que surge, ofreciendo tanto un bosquejo de la narrativa canadiense de las últimas décadas como una caracterización de la figura humana y literaria de Davies.

Con respecto al primer empeño, hemos de señalar que, pese a su tardía incorporación al mundo literario internacional, la narrativa canadiense goza hoy en día de excelente salud. En España son ya bastante conocidos los nombres de escritores como Margaret Atwood, Alice Munro, Mavis Gallant,

Michael Ondaatje, Margaret Laurence, Brian Moore o Josef Skvorecky, a los que pronto empezarán a unirse en el favor del público, si no lo han hecho ya, los de autores no menos representativos como Mordecai Richler, Aritha Van Herk, Joy Kogawa, Elizabeth Smart, Robert Kroetsch, Rudy Wiebe o Carol Shields, por citar sólo narradores en lengua inglesa y evitando por tanto referirnos a la amplia tradición narrativa en francés, ya sea la de Quebec o la de otros ámbitos francófonos como Acadia, a la que pertenece la en su día ganadora del premio Goncourt, Antonine Maillet; o como Manitoba, de donde procede Gabrielle Roy.

Por lo demás, no parece este el momento oportuno para abordar la problemática de la cultura canadiense, con una literatura que irrumpe con fuerza en el panorama internacional a partir de los años sesenta, y que lo hace de la mano de un nacionalismo tan equidistante del imperialismo yanqui como del paraguas colonial británico. Es el canadiense un fenómeno de afirmación y construcción de lo propio particularmente sugestivo, sobre todo a la luz de los nacionalismos tribales que asoman con brutal virulencia en este final de milenio. Así, el modelo canadiense resulta tan excepcional en su pluralidad ideológica y ética como singular en su eclecticismo estético, pues asume con naturalidad un multiculturalismo tolerante, al igual que unas premisas estructurales y estilísticas genuinamente postmodernistas (circunstancias de las que se derivan, por ejemplo, estudios teóricos como los de Linda Hutcheon, la profesora de la Universidad de Toronto que ha alcanzado gran predicamento adaptando la senda que abrieron Marshall McLuhan o Northrop Frye al idiolecto y los requerimientos ideológicos de la cultura actual).

Significa esto que la literatura canadiense aprovecha la pujanza de su primera madurez para lanzar a una constelación de narradores que, bien por la peculiar inserción de sus coordenadas antropológicas en un contexto novedoso y dinámico, bien por la filiación experimental que se desprende de la ausencia de una férrea tradición canónica, bien por su atalaya privilegiada para abordar cuestiones específicas (de la vivencia del Norte al feminismo, de las infinitas formas del mestizaje cultural a la experiencia de una etnicidad transterrada), aportan una fresca inédita a lo que, a todas luces, supone una pujante y atrayente «literatura nacional», puesta en tela de juicio por muchos de sus propios integrantes hasta hace menos de medio siglo.

Más allá de estos extremos, nos interesa la especial tensión dialéctica que se plantea entre nuestro escritor y su contexto. Pues Robertson Davies, con ser un escritor prototípicamente canadiense, encaja sólo parcialmente en el paradigma que acabamos de describir. Por una parte, es obvio que se sitúa en las antípodas del postmodernismo, en especial de aquél que des-

monta los patrones clásicos de la convención narrativa a base de parodia, carnavalización, abuso del *collage*, ridiculización del realismo y, en ocasiones, gruesos trazos de cultura de masas.

Por otra, en cambio, y si pensamos en ese otro postmodernismo que utiliza las tematizaciones étnicas convirtiéndolas, como los nacionalismos de antaño y de hogaño, en soporte de su peculiar versión de lo políticamente correcto (que suele implicar una ardiente focalización en ese fetiche identitario denominado «lo nuestro»), bien cabría (re)interpretar así las peculiaridades de unas coordenadas literarias como las que delimitan sus novelas. Equivaldría ello a afirmar que nunca es posible sustraerse al condicionamiento y crear en el vacío, nádese o no con la corriente mayoritaria; a sostener, desde una óptica ecléctica y pluralista, que tan «étnico» y contingente resulta el armazón filo-británico de ciertas clases dominantes como el patrón cultural de cualquier grupo social más nuevo y más «exótico».

Con ello cobrarían, pues, un sentido añadido las polémicas palabras -las traducimos de su *A Reader's Guide to the Canadian Novel*, 2ª edición, Toronto: McClelland and Stewart, 1987- que el crítico John Moss dedicara a su novela *What's Bred in the Bone*: «Robertson Davies es el novelista victoriano vivo más viejo del mundo.» En ese, y sólo en ese sentido, entonces, cabría que nos apropiásemos aquí de la por lo demás engorrosa etiqueta de «postmodernista».

Nacido en Thamesville, Ontario (el «Deptford» de la famosa trilogía conocida por ese nombre), en 1913, hijo de un empresario periodístico que acabaría siendo senador, vive Davies su juventud en Kingston, la ciudad que, rebautizada como «Salterton», aporta el escenario de sus primeras novelas. Después de estudiar en Toronto, la Queen's University de Kingston y Balliol College,

Oxford, amén de doctorarse con una tesis sobre Shakespeare, nuestro autor cede a su arraigada pasión por la escena y dedica unos años a trabajar como actor, profesor de drama y adaptador teatral para la Old Vic Company.

Declarado inútil para el combate debido a sus problemas con la vista, en los años de la Segunda Guerra Mundial inicia una nueva trayectoria profesional en el periodismo de su país, convirtiéndose en leído columnista y llegando a ser director y co-propietario de un diario, el *Examiner*, que él convierte en influyente, mas sin por ello dejar de asumir una destacada responsabilidad en el desarrollo del teatro canadiense, tanto en su condición de dramaturgo como en la de director escénico y hasta en la de animador institucional, en tanto que directivo del Festival de Stratford, Ontario. Finalmente, hemos de subrayar también su carrera académica como «Master»

del Massey College de la Universidad de Toronto, cargo que ocupó durante casi dos décadas hasta su jubilación en 1981.

Sorprende que, en el marco de una vida tan intensa y merecidamente plagada de premios, honores y distinciones, y además de componer una veintena de libros de ensayo, teatro y teoría dramática, tuviera Robertson Davies tiempo de escribir las once novelas que, a la postre, suponen su aportación más significativa a la literatura.

Su primera trilogía, compuesta por *Tempest-Tost* (1951), *Leaven of Malice* (1954) y *A Mixture of Frailties* (1958), se vale de un narrador omnisciente para articular una visión satírico-romántica de la vida en una pequeña ciudad universitaria de Ontario, con personajes recurrentes y un costumbrismo irónico e ingenioso. Naturalmente, no faltan referencias a los ámbitos del periodismo y el teatro, y Davies construye intrincados argumentos a partir de una innegable capacidad de observación.

La trilogía, para algunos más bien un tríptico, de Deptford, en cambio, va más allá del divertimento casi dieciochesco que sugieren las novelas anteriores. La conforman *Fifth Business* (1970), *The Manticore* (1972) y *World of Wonders* (1975), que alternan tres narradores diferentes y terminan conjugándose para relatar unos mismos acontecimientos desde distintas perspectivas. Las historias implican una indagación jungiana de notable sutileza intelectual y estructural. A la ostensible habilidad del dramaturgo Davies para tejer sus tramas se unen ahora su fascinación por la magia y la representación, así como una explotación de elementos de interés psicológico como el azar, la improbabilidad, el simbolismo, la sincronicidad y la extravagancia.

En estas novelas, como en las siguientes, el vasto caudal de conocimientos y de experiencias acumulado por Davies se inserta con habilidad en un discurso que jamás abandona una elegante y pulida ligereza, puesta por entero al servicio de la acción, o ese tono refinado, humorístico y seguro de sí mismo propio del arquetipo de canadiense -culto, acomodado, protestante y británico- que, en vivo contraste con otros arquetipos no menos posibles y reales, encarna el escritor.

Ni en *The Rebel Angels* (1981), una «anatomy» en términos de Frye (recordemos su conocidísima *Anatomía de la crítica*, que toma prestado -deliberada y sutilmente, claro- tan anacrónico concepto de Robert Burton y su espléndida *Anatomía de la melancolía*, de 1621), cuyos personajes representan actitudes mentales o posiciones teóricas y dan pie a referencias a la Biblia, la Cábala, el tarot, Paracelso o Rabelais; ni en *What's Bred in the Bone* (1985), una sucesión de confesiones aforísticas y esotéricas de corte inequívocamente personal, en la que el autor da plena expresión a sus ideas

sobre la cultura, la religión, la política y la condición humana, tenemos la impresión de gravidez o de pedantería, dos riesgos evidentes en el caso de una personalidad tan acusadamente WASP como la de Robertson Davies.

En realidad, se trata de dos demostraciones de virtuosismo, que le confieren un renombre internacional y preparan la buena acogida de *The Lyre of Orpheus* (1988), pieza que concilia su larga pasión por la ópera con la temática artúrica, y *Murder & Walking Spirits* (1991), una historia de fantasmas que rastrea genealogías galesas e escocesas para volver una vez más a lo que ha sido, desde sus inicios, el objetivo permanente de toda su narrativa: el empeño, mítico y fundacional, de trazar su propia recreación imaginaria -rica, compleja y convincente- del Canadá.

Pero conviene que nos acerquemos ya a *Un hombre astuto*, novela en la que volveremos a encontrarnos con personajes de la obra anterior, y que da -al cabo de una vida tan extraordinariamente larga y fecunda como la de nuestro autor- la última vuelta de tuerca a un conjunto narrativo que destaca ante todo por su coherencia, su calculado haz de relaciones internas y un logrado propósito de encerrar una larga meditación personal -cálida, chispeante y elocuente- sobre la vida.

En efecto, parece inevitable leer *Un hombre astuto* como el testamento vital, espiritual y literario que aparenta ser. No resulta casual que en sus últimas páginas se multipliquen las alusiones a Burton y su *Anatomía de la melancolía*, ese libro único y genial que su autor, un intelectual oxoniense excéntrico y retraído, convirtió en vehículo para recoger y transmitir, con sistematicidad de científico o de teólogo y una erudición desbordante hasta la comicidad, toda la fascinante variedad de pasiones, sentimientos y vivencias que pueden darse cita en el género humano, así como la plétora de ejemplos, casos, situaciones e interpretaciones de los que otras autoridades anteriores se valieron para explicar aquéllos.

No se piense por ello que la novela es tediosamente libresca, expositiva o didáctica. Bien al contrario, Robertson Davies se nos revela una vez más como un escritor ameno y chispeante, capaz de bifurcar su mirada irónica y sabia a lo largo de incontables personajes, y como un seguro dominador de los diálogos. El Dr. Jonathan Hullah, el médico idiosincrásico que da título a la novela y hace las veces de narrador, es el filtro escogido por Davies para dibujar un expresivo fresco que da cuenta de tres cuartos de siglo de vida en Ontario a lo largo de este siglo.

Desde su nacimiento en un pueblecito minero al norte de esta extensa provincia canadiense, en donde una vieja india marca decisivamente su orientación como futuro médico y estudioso de las afecciones humanas, hasta su paso por la escuela, en la que inicia una amistad con Charlie Iredale y Brocky

Gilmartin cuyas consecuencias últimas sólo saldrán a relucir al final de la novela, el desarrollo del libro tiene mucho de *bildungsroman* al modo clásico, aunque Davies no se proponga tanto profundizar en el retrato psicológico de su portavoz como preparar a éste para el papel de narrador astuto y experimentado que requieren las circunstancias a relatar.

Incluyen tales hechos numerosas situaciones pintorescas, desde la muerte espectacular de dos curas hasta cierta peripecia, de un erotismo más circense que abrasador, en un burdel zarista, desde un bombardeo en el Londres de la Segunda Guerra Mundial hasta el misterioso asesinato del ahijado de Hullah, desde un milagro hasta la entretenida correspondencia que una de las amigas del doctor mantiene con la escultora Barbara Hepworth, desde las vacilaciones sobre su sexualidad por parte nada menos que del Gobernador General, jefe del estado canadiense dentro de las peculiaridades de su constitución, hasta el mantenimiento civilizado de una relación adúltera entre Hullah y la bella Nuala, esposa de su amigo Brocky, que se prolonga a lo largo de décadas.

Sin embargo, el tono del relato es siempre sosegado, e indirecta y gradual la sucesión de revelaciones, tal y como corresponde a un narrador proveyecto en edad y cauto por naturaleza, que por temperamento aparece exento de toda sinceridad romántica o avidez confesional. En la estrategia del relato, no se trata de imponer juicios y opiniones, sino de sugerir relaciones y motivaciones ocultas. Sólo al concluir, y superadas las reticencias retóricas de quien, como buen narrador, se hace rogar antes de descubrir sus bazas y enseñar sus tesoros, obtiene el lector una comprensión satisfactoria de las vidas de los personajes.

Tratándose de un médico, resulta lógico que encontremos abundantes referencias a la salud y la enfermedad, a los medios, muchas veces heterodoxos, para sanar las patologías del cuerpo y del espíritu, que para Hullah-Davies son una misma cosa, y a la etiología, a menudo oculta, de las mismas. Pero el narrador es claramente un humanista crítico, un desapasionado estudioso de la especie humana, y junto a sus disquisiciones sobre síntomas y remedios, o a una visión sobria y desmitificadora de la sexualidad, hallamos abundantes referencias al arte y la literatura, a la poesía y a la música, que evidencian la infinita capacidad de éstas para aportar no sólo belleza a nuestras vidas, sino sobre todo innumerables ecos y enseñanzas relativas a cuantas cuestiones existenciales y vitales nos preocupan. Tan natural y fácil le resulta a Davies aglutinar tales referencias en el hilo de la narración, que incluso no nos perturba tropezarnos con una glosa de la desconstrucción como método de crítica literaria, lo cual, puesto en boca del viejo médico, no deja de suponer un *tour-de-force* persuasivo.

Especial mención merece, como en otras novelas de Davies, el ámbito de la religión y, singularmente, el de la liturgia. Como hombre de teatro, nuestro escritor siente una especial predilección por los aspectos escénicos y dramáticos del fenómeno religioso, abordando a través de los mismos una polémica que ha ocupado a la iglesia anglicana a lo largo de los siglos. Entre la desnuda espiritualidad protestante de corte luterano y la pompa, el culto a los santos y el histrionismo estetizante de procedencia católica, Davies no oculta sus simpatías por la segunda posición, aunque sin dejar de presentar los excesos a los que ésta conduce al cura Iredale, torturado por su sed de absoluto y una sexualidad torcida, quien es capaz de llegar al crimen en su afán de fabricar una imagen de santidad que arrastre al fervor a sus feligreses.

Adentrarse en la novelística de Robertson Davies de la mano de *Un hombre astuto* tiene, como se comprobará, numerosas ventajas. No es la menor de las cuales su magistral dominio del ritmo narrativo y la estructura del relato, así como el pulso siempre seguro con el que el novelista canadiense sabe mantener su estilo pulcro, medido y sofisticado. El lector que se adentre en estas páginas, vivo testimonio de que la lucidez intelectual y la maestría literaria pueden preservarse intactas hasta la edad más avanzada, tiene, pues, mucho que ganar con ello. También podrá descubrir, acaso, que los caminos hacia la universalidad de la experiencia son numerosos y diversos, y que, con frecuencia, cobran su mayor eficacia cuando arrancan de coordenadas inequívocamente locales.